

DISCURSO PRONUNCIADO EN NOMBRE DE LA SUPREMA CORTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, EN LOS FUNERALES DEL ILUSTRE IGNACIO RAMÍREZ (18 DE JUNIO DE 1879.)

SEÑORES:

A labios más dignos y a un espíritu más sereno, pudo la Suprema Corte de Justicia confiar el difícil encargo de relatar los grandes, los inmensos servicios que prestó a la Humanidad, a la Libertad y a la Ciencia, el grande hombre, cuya muerte lamenta hoy la Patria. Pero lo confié a los míos, juzgando quizá que yo desempeñaría este deber con la religiosa satisfacción con que el creyente del primer siglo de nuestra era relataba, en el silencio de las catacumbas y en las horas solemnes de la reunión de familia, los triunfos del confesor y del mártir de la antigua fe.

El alto Cuerpo al que tengo el honor de pertenecer, se anticipó a mis deseos y yo acepté agradecido, conociendo, sin embargo, que a la humildad de mis facultades debía agregarse el terri-

ble obstáculo de mi pesar. Señores, el dolor no es elocuente y yo estoy sintiendo uno de los más grandes dolores que han nublado mi espíritu, desde el instante que he visto exhalar el último aliento al Maestro sublime a quien amaba como a un padre desde mi niñez.

Pero el esfuerzo del patriota dominará la debilidad del hombre y diré en alta voz, lo que ya os habeis dicho en el secreto de vuestra conciencia, lo que el pueblo repite en sus tristes conversaciones, lo que la Historia recoge ya de los labios de los hombres honrados de México.

La pérdida que hoy sufre la república es irreparable; el hombre que acaba de morir no puede sustituirse ni en las filas del gran partido nacional, ni en el campo de la ciencia, ni en el rol de los grandes patricios.

En este país sólo es lícito al extranjero, al niño, o al ignorante preguntar de buena fe, quién fué Ignacio Ramírez y cuáles fueron sus servicios a la patria. Al insensato blasfemo que aparentase ignorarlo, por odio o por despecho, habría que volverle la espalda con desdén o que buscar en su frente la marca de condenación impresa por el juicio severo del grande hombre o por la victoria de los principios que defendió, acaudillando al pueblo.

A los primeros hay que relatarles cuarenta años de nuestra vida pública, de nuestra marcha científica, de nuestra evolución moral. ¡Cuarenta

años! Toda la Historia moderna de México, una lucha de titanes, el trastorno de diez cataclismos.

La vida de Ignacio Ramírez se parece a nuestros volcanes; hunde su base en los abismos de la humillación popular y alza su cumbre hasta las alturas luminosas del triunfo.

Cuando Ramírez nació; cuando comenzó a pensar, cuando fué joven, el país estaba aun envuelto en las sombras de la vida colonial. La Nación, después de haber ensayado un remedo de monarquía que comenzó en un motín y concluyó en un cadalso, había creído hacer un esfuerzo de sabiduría política adoptando aquella triste Constitución de 24 en la que un clero corrompido y una nobleza de mercaderes y soldados realistas disfrazados con los arreos de la República, se habían reservado la mejor parte del poder; aquella Constitución que conservaba los fueros, que conservaba el monopolio comercial, que conservaba la superioridad de razas, que conservaba escrita, según la expresión brillante de Ramírez, con un tizón mal apagado de las hogueras inquisitoriales, la intolerancia de los cultos, que conservaba, en fin, todos los vicios del fanatismo y todas las monstruosidades del atraso moral.

Aun así, esas clases privilegiadas tuvieron miedo del sistema y se esforzaron en abolirlo, sustituyéndolo con todos los absurdos del centralismo político, bajo diversas formas.

El joven estudiante, iniciado ya en los miste-

rios de la ciencia y en las revelaciones de la Historia, pudo medir con su mirada precozmente profunda todas las tendencias de esas clases dominadoras, fuertes, viciadas y audaces hasta la insolencia; pudo comprender los peligros del desgraciado pueblo, y las dificultades inmensas con que tenía que luchar el espíritu liberal en un país que para prosperar necesitaba salir del estancamiento de la servidumbre.

Entonces, animado de esa fe que allana las montañas, fuerte con una conciencia de atleta, inspirado ya por la grandeza del genio, ese joven oscuro y pobre, en presencia de los enormes obstáculos que iban a cerrarle el camino y que habrían espantado a un luchador vulgar, se decidió a ser el apóstol de una era nueva, se alistó en silencio en el pequeño grupo de soldados de esa peligrosa cruzada de la Libertad y consagró todo lo que tenía de talento, de fuerzas físicas, de intereses materiales, de porvenir y de existencia al triunfo de tan generosa causa.

Y de allí comienza la vida gloriosísima de labor, de perseverancia, de abnegación heroica, de sacrificios sin cuento que hacen de Ignacio Ramírez el gran campeón, y el sublime mártir de la Democracia mexicana.

El periodismo, la sociedad secreta, la tribuna del club, fueron los primeros campos en que combatió contra las tiranías seculares que pesaban sobre la nación.

Este hombre extraordinario dotado de todas las cualidades del espíritu, las ponía todas al servicio de su ideal—la Democracia.

Conocedor como Aristóteles, como Galileo, y como Humbolt, de todas las ciencias en que había nutrido su espíritu en largos años de un estudio asombroso y capaz de consumir diez cerebros, él ponía a contribución todos sus conocimientos, todas las maravillas de una erudición sin igual en México, para ilustrar al pueblo.... ¿Se sentía poeta, hervía su inspiración con el fuego sagrado de los dioses y adivinaba que podría arrancar a su lira los acentos que arrobaban a la antigua Grecia? Pues no entonaba lánguidas endechas amorosas, ni pesados himnos religiosos y arrojando la afeminada lira de Alceo, de Teócrito y de Tíbulo, él empuñaba la lira de robustas bordonas con que Tirteo animaba al combate a los hombres libres y la lira sagrada con que Lucrecio cantaba los sublimes misterios de la Naturaleza,

¿Se sentía sabio médico, o perspicaz jurisconsulto? ¿Podía con su gran talento aprovecharse de sus estudios para procurarse una rica clientela, o para adquirir en nuestro Foro una fortuna patrocinando al capitalista y al usero? ¡Oh! ¡Ese noble carácter tenía demasiada virtud y demasiada altivez para traficar con el talento! El desdénese ese bienestar en pos del cual se atropellan otros; él abandonaba el título de médico y con él las vaguedades de la hipótesis para no aprove-

chase sino de las conquistas de la observación; y no fué jurisconsulto sino para defender al desvalido y para inscribir como legislador los grandes principios del Derecho Moderno, los grandes principios de la Libertad humana, y para aplicarlos e interpretarlos como magistrado en la Suprema Corte, durante doce años de una judicatura luminosa, integérrima, gloriosísima como lo reconoce la República y como lo asienta la Historia.

¿Se sentía con un corazón varonil, templado para las grandes luchas en las que se tropieza a veces con el destierro, con el cadalso o con las cadenas de la prisión? Pues no vacilaba en aceptar esas luchas en favor de la Libertad y de la Humanidad y su vida ¡ay! su vida entera es una serie no interrumpida de persecuciones, de confinamientos, de miseria, de prisiones. Nadie como él, en México, tiene la gloria de los largos sufrimientos; nadie como él, en esta Patria en que los triunfadores de hoy son los proscritos de mañana, nadie, repito, cuenta con los timbres de una persecución tan obstinada: nadie como él puede dar cuenta de todos los tormentos, desde los grillos que le impuso el dictador Santa-Ana, hasta la agonía en que lo mantuvo al pie del patíbulo el faccioso clerical Tomás Mejía; desde la incomunicación rigurosa en que lo puso la Reacción de 1858 hasta la fiebre amarilla a que lo condenó el Imperio confinándolo a las mazmorras de Ulúa y al clima de Yucatán y de la que salvó por un fa-

vor de la suerte, y desde la detención arbitraria con que lo aseguró Comonfort, al dar su golpe de Estado, hasta la bartolina en que lo encerró, a pesar de su carácter de magistrado, el miedo de Lerdo de Tejada en 1876.

Y ¿por qué? preguntareis ¿por qué esa persecución tan encarnizada y tan constante? Conoceis la Historia. Los enemigos de la Libertad, martirizaban al apóstol del pueblo. Los falsos amigos del pueblo, martirizaban al apóstol de la verdad.

Había en él, no el instinto de una oposición sistemática como dicen sus enemigos: había en él la fuerza del atleta para los adversarios de su causa, y el austero carácter de la virtud republicana para sus correligionarios. No es culpa suya el que los gobernantes liberales se hayan separado del camino recto que él seguía, y la opinión pública vino a hacerle justicia siempre y a sancionar sus fallos. La Nación destronó al Dictador que había querido aclimatar en México y el depotismo del Asia, arrojó a Paredes, el monarquista descarado, castigó al traidor Presidente que a pocos días de haber jurado la Constitución pretendió desgarrarla, la justicia popular ha pronunciado su fallo sobre el hombre eminente que manchó los últimos días de su vida con su ambición de poder que trajo una guerra civil que solo pudo apagar la tumba. El pueblo también negó su simpatía al gobernante que pudiendo practicar sinceramen-

te las leyes, empleó todo su ingenio en desacreditarlas.

Así Ramírez ha sido el Daniel que a cada paso se ha aparecido al final de las orgías gubernativas para mostrar a los malos gobernantes el anuncio misterioso de su caída, anuncio que siempre se ha realizado. Profeta del destino, él ha podido augurar estos grandes sucesos históricos porque llevaba en su espíritu profundo y austero la sibila sublime de la Libertad y del Derecho.

Tales fueron las fuerzas y tales los sacrificios que empleó este hombre excelso en su vida de lucha laboriosa.

¿En qué consisten sus obras duraderas? Sus obras duraderas son sus escritos, sus escritos, que no son libros compaginados, que son algo más, que son la semilla difundida, instante por instante y fecunda siempre, en el espíritu de nuestro pueblo. Sirviéronle de vehículo, el periódico, el folleto, el manuscrito. No pueden mencionarse los periódicos que redactó, porque son muchos, tanto en esta ciudad como en los Estados que han visto aparecer al propagandista errante como un nuevo doctor Coss, con su pequeña imprenta y con su admirable periódico, ora predicando la Reforma, ora levantando a los pueblos lejanos de Sonora para defender la independencia nacional.

Los que piden de un pensador, a toda costa, un libro compaginado, no reflexionan en qué una

propaganda diaria y sostenida, es más eficaz que un libro; no reflexionan en que los fundadores de una época nueva, los grandes apóstoles de una idea no escriben jamás libros, no tienen tiempo, se ven obligados a mezclar la acción a la palabra. Pitágoras no escribió libros, Sócrates no escribió libros, Jesús no los escribió tampoco. Si Voltaire y los enciclopedistas pudieron formar un monumento con sus numerosas obras, fué porque estaban protegidos por el elemento oficial y por la opinión preparada. Si Descartes, si Bacon, si Kant, han podido legarnos sus sistemas en libros metódicos ha sido porque alcanzaron tiempos de paz o las convulsiones de la revolución no los arrastraron en su corriente vertiginosa; si Víctor Hugo, ha podido escribir los suyos, débelo a la hospitalidad protectora de Inglaterra y a la situación ventajosa de su país. Pero Ignacio Ramírez en México, perseguido cuando joven, conspirando o huyendo, iniciando sus grandes ideas en la tribuna, o realizándolas en los ministerios de Estado, no ha tenido tiempo ni facilidades para preparar obras metódicas; ha sido como los revolucionarios franceses en 1789, periodista, legislador y tribuno, hombre de acción combatiente.

Sus obras, duraderas son, además, sus hechos. La apertura de un Instituto literario para los jóvenes de raza indígena en Toluca, pensamiento que realizó con Olaguíbel en 1848; la ex-

claustración de los frailes y de las monjas, que llevó a cabo, como ejecutor de la ley de Reforma en Veracruz y como autor de su complementaria en 1862 siendo diputado; el sistema de enseñanza sobre una base moderna, sistema que está vigente; las bases de la construcción del ferrocarril de Veracruz; la abolición del internado en las escuelas, la iniciativa de todos los grandes pensamientos de mejora material que se han realizado en México, su enseñanza filosófica y su crítica literaria siempre elevada y fecunda. Su paso por el ministerio de Justicia y de Fomento, aunque de pocos días, ha sido señalado por instituciones prácticas y durables. Su trabajo en la guerra de Reforma ha sido un trabajo de preparación; su pensamiento se realizó por otros, pero la iniciativa es siempre suya. El fué uno de los cíclopes que forjaron los rayos que después lanzó a la vieja sociedad del gobierno de la República.

Sus obras duraderas son sus virtudes sociales y sus virtudes privadas. Las virtudes son también una obra. Hay vicios, hay males que no puede curar más que el ejemplo, dice el famoso canceller L'Hospital. Ahora bien, la honradez de Ramírez es proverbial. Mientras que otros menos ameritados que él, improvisaban grandes fortunas a la sombra de los puestos públicos, Ramírez, por cuyas manos, como por las manos de Prieto, habían pasado los millones de los bienes naciona-

lizados, bajó pobrísimo del ministerio en 51, y ha muerto en la miseria.

Estas son sus obras. Yo pregunto, ¿hay alguno de esos libros vulgares de que se envanece nulidades orgullosas que pueda compararse a la obra complexa y admirable que dejó Ramírez como contingente en la civilización de su país? ¿No es verdad que es absurdo pedir un libro al que trató magistralmente todas las cuestiones políticas y científicas, y ejecutó tantas grandes cosas? Ramírez habló de los habitantes primitivos de América antes que Even Nilson publicase su obra sobre los habitantes primitivos de la Scandinavia, en que viene a dar razón a las teorías que había publicado el antropologista mexicano; impulsó los estudios sobre la Geología, la Geografía y la Lingüística de México, enseñó él primero los métodos de la Filosofía alemana, hizo conocer a Hegel, a Molleschot y a Spencer, abrió nuevos caminos a la Literatura y no descansó hasta no conseguir que las conquistas de la civilización se redujesen a preceptos en nuestro código político.

Son estos, trabajos de Hércules que sólo pueden desconocer la malignidad, la ignorancia o una pasión miserable y vil, la envidia, la envidia que fiel a su carácter silbó siempre a los pies de este coloso del pensamiento.

Porque ese Titán vencedor amontonó para combatir a los viejos dioses y arrancarlos del tro-

no todas las montañas de la Filosofía, de la elocuencia, de la poesía, de la sátira, del sarcasmo, de la burla, de la Revolución, y sintió naturalmente estrellarse sobre su cabeza invulnerable los rayos que esgrimieran las coléricas Potestades amenazadas.

Ya se sabe: no se combate, ni menos se vence a esa hidra del fanatismo religioso y a esta hidra de la tiranía política impunemente en ningún país. El clero tiene sus fuerzas, sus elementos de lucha, todos esos mónstruos que él se complace en encerrar en su Infierno legendario, tal vez como un arsenal del que servirse en los casos de guerra: la difamación, la calumnia, la injuria grosera, la insinuación pérfida, la alevosía, el asesinato. El fanatismo tiene calumniadores de oficio, tiene acusadores revestidos con los falsos arreos de la virtud; sus asesinos hieren sacando el puñal de la manga del hábito como Jacobo Clemente. Y éstos encuentran apologistas como Mariana, como Busembaun, como Malagrida.

El odio político tiene también su trabilla de canes rabiosos, su saco de víboras que lanza sobre los defensores de la verdad. ¿Lo creereis, señores? El odio político es tan vil a veces, es tan miserable, que no perdona ni la tumba. Hoy mismo, insepulto aun el cadáver de este hombre virtuoso, se atreve a insultarlo; el insecto inmundo comienza a roer el cadáver; la nulidad del maldiciente de la gacetilla pretende manchar la alta

reputación del hombre de Estado, aquel a quien nada debe el pueblo ultraja a su apóstol cuando yace tendido en el féretro, e interrumpe con su chillido despreciable el lamento general. Ya lo esperaba yo y en verdad que sólo esto faltaba para la gloria de Ignacio Ramírez. En la carrera triunfal de los vencedores romanos mostrábanse detrás del carro glorioso e interrumpiendo con su grito venal las aclamaciones generales el insultador público pagado por los magistrados. Esta vez se ha levantado junto al túmulo que bendice y respeta el pueblo honrado de México el insultador impotente a quien arroja tal vez una moneda un partido vencido y despechado. ¡Ver-güenza debía tener ese partido de haber sido sus jefes los últimos verdugos de un hombre de la Reforma!

Quiero todavía creer que no ha sido más que un grupo insignificante de ese partido el que inspiró y consintió una vileza semejante cometida contra un hombre que antes que todo fué liberal.

Pero así está mejor. Así se desencadenan en derredor de Ramírez muerto, como se desencadenaron cuando vivo, todos los cataclismos de la fama. El odio con su dolor se lava; la envidia con el vapor de las solfataras, la cólera, las excomuniones, la calumnia con su hálito infecto. En cambio la admiración coloca a sus plantas la nube del apoteosis y la República entera tiende sobre su sepulcro el arco-iris de la simpatía popular.

Ignacio Ramírez, hombre inmortal, tú, más grande que aquel mito de Prometeo a quien Esquilo nos presenta, al hendirse bajo el Cáucaso, invocando aterrado a la Naturaleza, has descendido a ella sin temores, ni esperanza, como un hombre de bien y como un sabio.

Tu tarea de obrero está concluída, tu tarea de pensador continúa llevada a cabo por tus compatriotas, por tus correligionarios. Duerme tranquilo el sueño de la gloria bajo el cielo de esta Patria a la que consagraste tu vida, protegido por el pueblo que ha inscrito tu nombre en su gran corazón.

ENSAYO SOBRE LA TRAGEDIA DE LEGOUVÉ, "MEDEA", REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MÉXICO EN EL TEATRO NACIONAL POR LA INSIGNE TRÁGICA ITALIANA ADELAIDA RISTORI. 1875.

LA LEYENDA.

I

Mêdêa o Mêdela es el nombre de una mujer legendaria o real, pero que llena con el prestigio de su belleza, de sus talentos, de su amor y de sus infortunios la antigüedad eterna.

Antes aún de que el alfabeto se hubiera introducido en la Grecia; en las épocas remotísimas en que las leyes de los dioses y las hazañas de los héroes solo se conservaban en la voz de los oráculos y en los cantos de los poetas, ya la figura de Mêdêa se levantaba en los altares al lado de los númenes; su nombre resonaba en los himnos, sus profesías alentaban a los héroes y su memo-